





**MEMORIAS  
CHILENAS  
1973**

**MARC COOPER**

© Marc Cooper  
Octubre 2013

Esta es una publicación de la Fundación Rosa Luxemburg Stiftung,  
y Para Leer en Libertad A.C.

**[www.rosalux.org.mx](http://www.rosalux.org.mx)**  
**[brigadaparaleerenlibertad@gmail.com](mailto:brigadaparaleerenlibertad@gmail.com)**  
**[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)**

Cuidado de la edición: Jorge B. Fernández y Alicia Rodríguez.  
Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.





## NOVIEMBRE DE 1971

El sol que entraba a raudales por mi ventana me sacudió el sueño casi diez minutos antes de que Omar y Gunther vinieran a sacarme de la cama, el día en que debía llegar Fidel Castro a Santiago. Entraron ruidosamente a mi departamento cantando, bailando y haciendo todo el escándalo posible y vacilándome por ser tan flojo. Eran las ocho y media.

Omar preparó un poco de café con leche mientras yo me vestía. Mis amigos abalanzándose y escudriñando media docena de periódicos que llevaban impresos titulares en colores y retratos oficiales del “líder máximo” de Cuba. *El Siglo*, el diario del Partido Comunista, dedicaba su primera página íntegra a una de esas fotografías con la palabra “BIENVENIDO” estampada en rojo, cruzando el pecho de Fidel. *La Nación*, el periódico pro-socialista del gobierno, también abría con una foto a color del primer ministro cubano y al pie daba un pequeño resumen biográfico. *El Clarín*, la publicación más sensacionalista del ala izquierda, recordaba a sus lectores que la hora programada de la llegada de Fidel sería a las cinco de la tarde, e incluía un mapa detallado de la ruta que él y Allende seguirían. A lo largo de ese día, 10 de noviembre de 1971, los murmullos de emoción, al estar observando la historia hacerse, iban creciendo en intensidad, de tal forma que para el anoecer me sentí como si hubiera sido inundando por una marea cargada de vida.

Había estado esperando este acontecimiento desde mi primer día en Chile, tres meses atrás. No sólo me interesaba ver a Fidel, sino que había empezado a sentir cierta curiosidad al especular sobre cómo responderían los chilenos, pues todos ellos habían estado emitiendo sus opiniones sobre el tema, a favor o en contra, desde el día en que Allende reanudó relaciones con la isla, un mes después de su llegada al poder. La visita de Fidel Castro a Chile parecía tener un impacto directo y personal sobre cada individuo del país, probablemente porque Castro y Cuba conjuraban sus más románticos sueños políticos o sus más góticas pesadillas.

Omar y Gunther pertenecían sin ningún pudor a la categoría del sueño realizable. Su identificación con Castro era tan fuerte que tenían casi mi aire de autocomplacencia acerca de su llegada a Chile. Para mí resultaba obvio que ellos creyeran que ningún chileno, ni ningún estadounidense, como era mi caso, podía comprender los futuros episodios tan bien como ellos. Y tenían buenas razones para creerlo. Para empezar, eran venezolanos; era ahí donde Fidel había pisado por última vez el continente en 1961, justo antes de que todos los gobiernos latinoamericanos, con excepción del de México, cedieron ante las presiones de la Organización de Estados Americanos y rompieron relaciones con la Cuba revolucionaria. Los venezolanos, por otra parte, son casi vecinos de la isla y tienen lazos culturales en común. Hablan de la misma manera frenética; bailan la misma música compulsiva; viven en el mismo calor tropical, y ambos países consumen ron como su bebida nacional.

Además de sus credenciales nacionales, Omar y Gunther tenían razones personales para reclamar un mayor entendimiento con Cuba, Omar, un mulato regordete pero fuerte, de alrededor de 35 años, se había unido al Partido Comunista desde joven. En

1982 había sido miembro de la guerrilla, pertenecía a las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), cuando fue hecho prisionero por los militares. Sin que mediara juicio, fue torturado y encarcelado. Cuando el Partido Comunista rompió con el movimiento guerrillero en 1965 Omar, aunque todavía preso, continuó simpatizando con las FALN. En 1969, al ser liberado, reinició su actividad política y había llegado a Chile en 1971 como representante del grupo izquierdista conocido como Movimiento al Socialismo (MAS).

Gunther era más joven, alrededor de los 23, con barba y casi siempre desgreñado. Siendo de familia de anarquistas españoles exiliados, fue criado como “un bebé de pañal rojo” latinoamericano. Él también había pasado del Partido Comunista (PC) a un grupo guerrillero, y se encontraba exiliado en Chile junto con otros 12 mil latinoamericanos que se habían refugiado de diversos gobiernos del continente a raíz de la elección de Allende. Gunther logró el asilo en agosto de 1971 (dos meses antes de la llegada de Castro), después de haber intentado expropiar un importante estudio de cine particular en Caracas, el 23 de julio, para conmemorar la Revolución Cubana.

Por todas estas razones yo podía entender la actitud casi olímpica que asumían los venezolanos sobre todo el caso cubano.

Esa mañana, “antes de salir a las calles, Omar aventuró un chiste sobre los chilenos. Decía sentir pena por ellos. Cómo, se preguntaba, estos “ingleses de América”, «la gente que tomaba el té por las tardes y el pisco Inca por la noche; esta gente que vivía en una tierra tan poco tropical que había visto la nieve; cómo esta gente tan amable y tan cortés podría entender a Fidel y a Cuba con toda su agitante, rumbera y palpitante pasión caribeña.

No tenía sentido tratar de responder; era sólo una broma y todos conocíamos la respuesta. Al salir a las calles esa mañana pudimos darnos cuenta de que la Revolución Chilena podía verse, sentirse y escucharse por todos lados. La transformación radical de un país pequeño y subdesarrollado, contra todos los pronósticos, era lo que los chilenos tenían en común con los cubanos; quizás poco más, pero indudablemente era suficiente.

Era un día de finales del verano. Las estaciones del año están invertidas en el hemisferio sur, así que para las 10 de la mañana el sol hacía una estricta advertencia de las horas por venir. Lo primero que hicimos fue comprar otros cuatro o cinco diarios —existían entonces más de 12—, tanto de izquierda como de derecha en la capital.

El quiosco de periódicos de la esquina parecía haber sido tomado a media noche por el equipo de relaciones públicas de Castro. La miríada de publicaciones habituales se hallaba dispuesta como siempre por todas las paredes del puesto, sólo que no había un mínimo espacio que estuviera libre de la foto de Fidel o las letras de su nombre. El propio vendedor de periódicos se había tomado su tiempo para pegar cuatro o cinco de los carteles rojos en toda la pequeña estructura, del tamaño de una cabina telefónica, que daban un aire de vivacidad. Era un viejo y grisáceo campesino de cerca de 65 años, que tenía la piel como la de un plátano a punto de pasarse. Yo lo había visto todas las mañanas de los últimos meses, pero por primera vez me había percatado de que era un allendista, lo que me hizo sentir bien. Ser cualquier otra cosa en esta situación habría sido incongruente, si no es que completamente absurdo. Omar pagó 10 o 12 escudos por los diarios y el hombre sonrió, murmuró algo ininteligible entre sus dientes podridos y nos regaló a cada uno un dibujo del tamaño de una

postal de Fidel y Allende juntos. Aceptó posar para una foto con los venezolanos. Al tomarla pude ver a través del lente la imagen de un viejo con el puño en el aire.

Diez cuadras separaban el quiosco de la calle de Moneda y el palacio presidencial. Ese tramo se veía más o menos como cualquier otro día. Era una fila de minipalacios desgastados por un siglo, grises, lóbregos y desmoronándose. Apenas hace 50 años habían sido las viviendas de la élite social de Chile: los Mattei, los Larrain, los Irrarazával, los Edwards y otras familias aristocráticas. Pero lentamente se fueron convirtiendo en deteriorados edificios de departamentos para los cuales los nombres eran tan simples como González, Rodríguez y Contreras. Una vez convertido en barrio popular, los gobiernos municipales descuidaron su mantenimiento. La mitad de las farolas se había quemado, las alcantarillas estaban tapadas, el empedrado lleno de baches y los cables centrales de teléfonos se hallaban en tal estado de descuido, que habría tomado de seis a ocho años cubrir las necesidades del servicio. En el lugar donde había estado un viejo club de terratenientes en el que se celebraban los cocteles semanales, ahora se encontraban las oficinas distritales del Partido Socialista. Una bandera roja con la figura del Che sobreimpuesta a un mapa de Chile ondeaba sobre la puerta de entrada. El diseño español de estas mansiones era tal que cada una tenía un cierto número de balcones, y era de ahí de donde surgía el verdadero color de las calles. Unas pocas estaban pintadas de rosa brillante o amarillo pastel, pero todas tenían un bien cuidado jardín de tréboles, sin importar qué tan modestos fueran sus habitantes. Desde las ventanas de los pisos superiores, enmarcadas en madera labrada, se podían distinguir los restos de los carteles políticos, desteñidos por el sol, resabios de la campaña presidencial de 1970. La mayoría eran simples retra-

tos, grises y azules, de Allende, de 2 por 2, su nombre escrito en la parte superior, y en la inferior la palabra: VENCEREMOS. Las paredes de las casas estaban cubiertas de esa especial pintura similar al témpera que se había desgastado pronto y dado paso al descascamiento. Encima de la polvosa y seca pintura se encontraban carteles agrietados, como los que había junto a las ventanas. También aquí los retratos de Allende eran mayoría, pero en algunos se podía leer "Alessandri volver " (Jorge Alessandri había sido candidato presidencial en 1970, a los 80 años de edad). Dispuestos en las amargas postrimerías de la elección, un año después invocaban a sentir por sus propagadores, más pena que odio.

Al caminar esta milla cada mañana durante los últimos meses, y luego de regreso por las tardes, me fui familiarizando con cada cartel, consigna y peladura de pintura que marcaban el camino. Cualquiera cambio hubiera sido evidente de inmediato, y la mañana de la llegada de Fidel parecía que toda la calle había sido limpiada por completo y cubierta, finalmente, con pintura fresca. Era una ilusión, por supuesto, pero resultaba agradable. El cambio se debía a algo más de lo viejo, excepto que todavía era nuevo. La calle había sido cubierta durante la noche con cientos de nuevos carteles. Era como caminar en un jardín de rosas políticas en plena flor. Al igual que el viejo vendedor de periódicos, los habitantes de los apartamentos habían colgado carteles conmemorativos en sus balcones flamantes. Brigadas especiales de propaganda de las juventudes socialistas y comunistas también habían realizado rondas antes del amanecer, cubriendo cualquier pared blanca con la que se encontraran; cuando empezaban a escasear los espacios, como sol a suceder, simplemente ponían carteles y pintaban sobre lo que habían sido sus hazañas de la semana anterior. Los comunistas habían pegado una larga fila de brillantes fotos de Fidel que

simplemente decían: “El Partido Comunista Chileno da la bienvenida al camarada Fidel”.

El Partido Socialista dio la nota con exagerado cartel negro de 4 por 4 que llevaba una América Latina en rojo en el centro. En él se leía: “LOS SOCIALISTAS, HOY COMO AYER, CON FIDEL”. Todos sabían que esto era un golpe para los compañeros comunistas, que en muchos de los ayeres, al principio de la Revolución Cubana, habían llamado a Fidel Castro un “anarquista aventurero”, mientras que los socialistas lo habían apoyado desde el principio. Otra anotación en la pared fue producida por el MIR, Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Era una organización pequeña, fundamentalmente integrada por bases estudiantiles, que se había mantenido fuera de la coalición gubernamental, oponiéndose férreamente a las políticas “reformistas” de los comunistas y en el margen izquierdo de los socialistas, en consecuencia, eran partidarios de un lenguaje político más “puro”. El cartel, rojo y negro, era una reproducción de una famosa foto de Fidel y el ejército rebelde sosteniendo los rifles sobre sus cabezas, abajo la frase: “SALUDAMOS AL TRABAJADOR Y AL CAMPESINO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA”. Esto, implicando que la Revolución Chilena no era un movimiento proletario. Estos tres carteles se complementaban con una erupción de otros de menor tamaño, publicados por otros comités y grupos de izquierda, todos ellos haciendo alusión a Fidel y a la Revolución Cubana.

Mirar las aceras y las calles provocaba la extraña sensación de que del cielo nevaba papel y, en efecto, así ocurría. Se habían rentado aviones privados que recorrían la ciudad desde la noche anterior lanzando volantes y papeletas sobre toda el área metropolitana. Todas eran similares: daban la bienvenida a Fidel, animaban para que se le diera una gran recepción y estaban firmadas

con la cantidad habitual de consignas y vivas. Habían sido impresas por los comunistas, los socialistas, el Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), los radicales, los social-demócratas, la Universidad Estatal y la Universidad de Chile.

Mientras caminábamos hacia el Palacio Nacional, los tres comentábamos cómo una simple efusión de papel podría afectar tus sentimientos. Estábamos tensamente emocionados y regocijados y en realidad no habíamos tenido contacto con ninguna persona que no fuera el vendedor de periódicos. Excepto por los carteles y las papeletas que inundaban paredes y aceras, la calle de Moneda estaba desierta y silenciosa. La calma se rompía tan sólo por un ocasional y bien modulado español que producía la radio en uno de los departamentos, o por los claxonazos provenientes del cercano bulevar, el sonido de las turbinas de los aviones, o nuestros pasos sobre el asfalto, cada vez más caliente.

Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que no había autos circulando por Moneda, lo cual podía ser explicado, simplemente, por un bloqueo de la calle más arriba, cerca de palacio. Eso era común en las ocasiones en las que se pensaba que habría grandes manifestaciones. Por unos minutos consideramos la posibilidad de que no habría una gran manifestación para recibir a Fidel; no habría habido explicación para que así ocurriera, sólo que era la sensación que provocaba la casi total ausencia de figuras humanas en el camino.

Al cruzar la calle San Martín, tres cuadras antes de palacio, decidimos parar en el comité central del partido socialista para enterarnos de lo que sucedía. Dimos la vuelta a la izquierda en San Martín; el edificio rosa pálido, que parecía una pensión de clase baja, se encontraba unos metros adelante. Nuestros temores se disiparon. La agitada actividad que surgía del edificio del comité

central llegaba hasta afuera, y por dos o tres cuadras la calle estaba repleta de socialistas que alistaban banderas, camiones, insignias y volantes. Enfrente del cuartel general estaba estacionado un destartado jeep Willy's que había sido transformado en camión de sonido. Después de un par de ensayos chirriantes, una versión gastada del himno del partido socialista comenzó a sonar. Era música para agitar. La Marsellesa francesa, modificada con una letra en español que subrayaba generosamente las palabras "sangre" y "lucha".

Nos treparamos al jeep, desde donde pudimos ver que la multitud de militantes del partido socialista paseaban cuando menos a lo largo de tres cuadras al norte de San Martín. La sección juvenil del partido iba ataviada con sus camisas color verde olivo de corte militar y los encargados de la seguridad llevaban una banda roja en sus brazos con las letras P S pintadas en blanco.

Mirando sobre la multitud, la música resonando en mis oídos, el sol en mi cabeza, empecé a sentir cómo la sangre se apresuraba en mis venas, como lo había sentido tantas veces antes en otras manifestaciones, cuando cien o 200 mil personas salen a la calle marchando y cantando. Por supuesto que la multitud que ahora veía no era de más de mil personas, pero era una señal segura de que más tarde, en el aeropuerto y en la ciudad, habría por lo menos cien veces ese número.

Al finalizar el himno, un joven de barba con la camisa verde olivo del partido tomó un micrófono del amplificador del jeep y con tono autoritario comenzó a hablar de la importancia de ese día para la revolución chilena y para los socialistas en particular. Repitió lo que los diarios de la mañana ya habían hecho del conocimiento público, la ruta a detalle que seguiría la caravana, desde el aeropuerto hasta la casa del embajador cubano. La ruta tenía

casi 15 millas de largo y el orador especulaba con entusiasmo que estaría abarrotada en todo su trayecto por manifestantes. Terminó de hablar y por el altoparlante comenzó a sonar un reportaje realizado por las radios de izquierda, que habían enlazado sus transmisiones para las actividades especiales de ese día.

Con reporteros móviles emplazados por toda la ciudad, empezaban ya a llegar los reportes de diversos puntos de la ruta; parecía como si a esa hora, las 11:00 de la mañana, hubiera lugares donde no cabía ni una persona más. Los periodistas también habían sido enviados a las mayores fábricas bajo control gubernamental, para informar sobre la movilización que ahí tenía lugar. Los trabajadores se habían presentado a su hora habitual, pero no para trabajar, sino para organizarse y unirse a las manifestaciones. Con cada nuevo reporte, la multitud de socialistas aplaudía y gritaba, cada media hora, como si se tratara de la cuenta regresiva del lanzamiento de un satélite, alguien tomaba el micrófono y gritaba: “¡Faltan sólo cinco horas para la llegada de Fidel!” Al anuncio seguían los cantos de “¡CUBA! ¡CUBA! ¡CHILE TE SALUDA!” Y luego, “¡FIDEL! ¡FIDEL! ¿QUÉ TIENE FIDEL, QUE LOS IMPERIALISTAS NO PUEDEN CON ÉL?”

Gunther comenzaba a sentirse inquieto, parado junto a mí en el jeep. Llevaba puesta la camisa escarlata de las juventudes comunistas. Él no era miembro, ni simpatizante del partido; había comprado la camisa sencillamente porque era la más barata que encontró, de unos 50 centavos, y andaba corto de dinero. Por supuesto, no se encontraba en peligro; los socialistas y los comunistas se hallaban juntos en el gobierno y la cooperación entre los dos grupos era un hecho. Pero también lo era la suspicacia y la competencia, en particular cuando cualquiera de los partidos estaba realizando una reunión propia, como la que los socialistas efec-

tuaban ese día. Antes de seguir adelante, quería tomar una foto de un pequeño grupo que pegaba algunos posters de Fidel en la pared adyacente a la puerta de entrada del cuartel general; prometí a Gunther que después de conseguirla nos iríamos. Llevé la cámara a mi ojo derecho, al tiempo en que vi que alguien avanzaba hacia mí y hacia el jeep. Llegó rápidamente y tapó el lente con su mano.

Supé de inmediato lo que ocurriría; lo había visto suceder otras veces. Observándome con tranquilidad se encontraba un muy apuesto joven de 18 años, con la barba limpiamente recortada y ojos oscuros. Vestía el traje de los militantes de las juventudes socialistas. “Camarada, ¿para quién toma la foto?”

Estaba enojado, no porque me estuviera retando sino porque sentía vergüenza ajena por el muchacho. Su comportamiento no estaba totalmente dentro de regla; nunca había habido presión sobre los periodistas, ejercida por la izquierda, y yo me sentí mal de que él se sintiera obligado a preguntar de esa manera. Ciertamente, no estaba fotografiando nada de importancia —era un edificio público—, pero lo que resulta más irónico es que si yo hubiera sido de la prensa de la derecha, o incluso si hubiera dicho que era de la CIA, por ejemplo, todo lo que él podría haber hecho habría sido pedirme —no forzarme— a que me fuera.

Estaba a punto de contestarle, cuando Gunther me interrumpió, bastante más molesto que yo, y le dijo que éramos periodistas extranjeros y, antes que eso, simpatizantes del partido socialista. Sugirió al joven que quizás había visto demasiados programas estadounidenses de televisión y había adoptado una impresión errónea acerca de cómo debe conducirse un revolucionario.

Gunther dejó el reto a un lado e invitamos al chico a que viniera con nosotros a Palacio Nacional, donde planeábamos visitar a algunos funcionarios de la oficina de prensa de Allende que

eran amigos nuestros. El joven aceptó de inmediato y, sorprendentemente, comenzó a hablar sobre sí mismo. Tenía 19 años, había sido miembro activo del partido socialista desde la secundaria. Su padre era director de una oficina de ingresos fiscales (y miembro del Partido Radical). Vivía con su familia en una zona clase-mediera de Providencia; pensaba que la llegada de Fidel Castro era lo mejor que le había sucedido a Chile, estaba molesto con el acercamiento “legal y moderado” de Allende a la transformación socialista, era miembro de un órgano de seguridad de las juventudes socialistas y su nombre era Christian Pinochet. Añadió, no sin cierto orgullo, que su apellido indicaba que sangre francesa corría por sus venas. ¡Ah! y, por cierto, la suya era una familia muy conocida en Chile. En ese momento no podía haber tenido idea de qué tan conocido y temido, resultaría ese apellido en un futuro no tan lejano.

“Plaza de Estacionamiento” fue como Omar rebautizó a la Plaza de la Constitución, la más grande de Chile. Era, de hecho, un gran estacionamiento con una estatua de uno de los padres fundadores de la patria, Diego Portales en el centro. Al sur quedaba La Moneda, el Palacio Nacional. Era una fortaleza grisáceo-café de 200 años de edad, de dos pisos que se extendía sobre una cuadra larga, su parte trasera colindando con el principal bulevar de Santiago, la Alameda.

Las pesadas y oxidadas barras de hierro que cubrían las ventanas eran un rezago de los días en que fue utilizado como casa de moneda. El edificio tenía poco atractivo estético y no invocaba el sentido de respeto que tienen lugares como la Casa Blanca. Generalmente, las puertas se encontraban abiertas, poco vigiladas, y por ellas pasaban todos los días cientos de personas que iban o venían a arreglar algún asunto o simplemente a visitar y tomar

una foto a alguno de los carabineros. Justo enfrente del palacio, en el lado norte de la plaza, se encontraba *La Nación*, el periódico gubernamental.

En el lado poniente se encontraba el hotel Carrera Sheraton, subsidiario de la IIT, donde técnicos y diplomáticos cubanos solían ser sorprendidos durante el desayuno al percatarse de que en la mesa de junto estaba llena de estadounidenses tomando “los mejores huevos con jamón de la ciudad” antes de comenzar sus labores en la embajada, a escasos metros del hotel. En el último piso del Sheraton se encontraba el afamado restaurant bar al aire libre, donde los corresponsales de los grandes semanarios se embalsamaban lentamente, mientras lograban una historia de Allende de un “veterano diplomático occidental” o de un “aclimatado residente americano”. En el lado este de la plaza se encontraba la oficina de correos, que alguna vez había fungido como edificio de seguridad social, donde en 1938 los carabineros habían asesinado a 68 estudiantes del Partido Nazi que habían intentado dar un golpe de Estado.

A cualquier hora del día o la noche, un extranjero o un periodista podía estar seguro de que se encontraría a un par de amigos dando la vuelta o platicando en la plaza.

La sección del centro de Santiago estaba tan comprimida y compactada —siendo no más que ocho calles de largo y cinco de ancho, la plaza en el centro, con tantos visitantes y exiliados en la ciudad— que esto era apenas normal. Cuando nosotros cuatro llegamos al palacio comenzamos a saludar y hacer gestos a las caras familiares, gente que habíamos conocido en una comida, en una reunión política, en una conferencia de prensa, o más probablemente en una manifestación. Con muchos de ellos había hablado 10 o 15 veces y aún no sabía sus nombres; eran tan sólo “compañeros”.

La explanada estaba llena de vida, música y color y cada vez mayores enjambres de gente, la mayor parte reunidos frente al palacio, esperando a que Allende saliera. Formaban pequeños círculos y bailaban en hilera La batea, del Quilapayún, que sonaba a través de los altavoces instalados en el palacio, cantando y aplaudiendo mientras daban vueltas alrededor de la plaza. Enfrente de la oficina de correos, la unión de carteros se organizaba bajo una banderola, y marcharon tres veces alrededor de la plaza antes de dirigirse a algún punto de la ruta festiva. De lo alto de *La Nación* el comité de tipógrafos había colgado una gran bandera pintada a mano en la que, con incorrecta ortografía, invitaban a Fidel a quedarse el tiempo que quisiera. Unos cuantos metros más allá un mensaje similar era izado en una de las ventanas del Ministerio de Agricultura, donde simultáneamente, jóvenes economistas y secretarías con faldas cortas se apresuraban para tomar parte en las manifestaciones. Una delegación de la federación de estudiantes, el SUTE, se había reunido en la calle enfrente del Sheraton, uno de ellos rasgueando una guitarra, mientras que un comunista de piel oscura de no más de 22 años cantaba Venceremos a través de un megáfono de baterías. Los volantes, cual confeti, flotaban desde todas las ventanas de los edificios, a excepción de las del hotel y provocaban un ambiente de carnaval y con razón; casi todos sonreían o cantaban.

No así los carabineros que estaban a la entrada de palacio; ellos se encontraban muy ocupados. La habitualmente laxa seguridad había sido intensificada y la tensión podía notarse en la cara del policía que revisaba mis credenciales. A todos nos permitieron entrar excepto a C. Pinochet, él no tenía credencial de prensa, y ese era el único salvoconducto para entrar en ese momento. Lo dejamos en la puerta después de haber intercambiado direcciones,

como se acostumbraba después de haber hablado con alguien por más de dos minutos.

En el patio del palacio, se podía sentir un ambiente de sojuzgamiento, y durante cerca de cinco minutos observamos marchar a un pelotón de carabineros. Ellos, la policía militar, de hecho un pequeño ejército eran para mí una fascinación mayor, en ciertas ocasiones, que el resto de la población. Eran una organización de disciplina férrea; en el corte de sus uniformes pardos se reflejaba el tradicional entrenamiento germano que habían recibido, algo también patente en su paso de ganso. Resultaba tan irónico ver estos semisoldados de aspecto prusiano marchar en el patio de un palacio controlado por un gobierno socialista/comunista. Y la ironía tenía bases más allá de las apariencias. El cuerpo de carabineros que existía bajo Allende era el mismo que había sido utilizado en años anteriores para combatir las huelgas de los trabajadores, estudiantes y campesinos de izquierda. Eran los mismos que habían disparado sobre los invasores en el área de Puerto Montt, bajo el gobierno de Frei, era la misma policía que había golpeado y arrestado a miles de estudiantes a lo largo de los años sesenta, incluyendo al propio sobrino de Allende, Andrés Pascal, líder del MIR.

La administración Frei había formado a partir de sus propias líneas una patrulla especial antimotines, “el grupo móvil”, que en poco tiempo ganó triste fama por el uso frecuente de sus tanques pequeños, cañones de agua y artillería ligera en contra de las olas crecientes de disidentes. Una de las primeras acciones de Allende como presidente fue la de desmontar esta unidad, que era odiada no sólo por sus seguidores, sino por la población en general.

Fuera de eso los carabineros se mantenían intactos. El gobierno de la Unidad Popular confiaba en el carácter “profesional, constitucional y apolítico” de ese cuerpo represivo. Lo mismo se aplicaba para las fuerzas armadas. La izquierda sustentaba esta esperanza bajo el hecho de que la policía promedio provenía de los estratos bajos. El carabinero pertenecía generalmente a una familia de trabajadores que vivía bajo condiciones de vivienda por debajo del estandar, en alguna de las áreas de invasores que eran casi unánimemente simpatizantes de los comunistas o de los socialistas. Pero, en esencia, la izquierda esperaba la lealtad de una institución armada que había ganado su gloria luchando contra los trabajadores. Una apuesta peligrosa.

No podía imaginar qué pasaba por la mente de los carabineros ese día en palacio, conscientes de que tenían que proteger al Primer Ministro del gobierno revolucionario de Cuba y que debían cuidarse de los que habían sido sus jefes, la derecha política.

Así como los trabajadores de Santiago habían esperado ansiosos la visita de Fidel, los residentes de los suburbios de clase media y alta la temían; los miembros de la derecha más astutos políticamente la explotaban en todas sus aterradoras implicaciones. La prensa del Partido Nacional publicaba, sin ningún empacho, una maquinación tras otra, relacionando la visita del Fidel con supuestos acuerdos secretos de venta de armas entre él y Allende. La fábrica de rumores de la derecha dispersaba historias “confidenciales” sobre los cientos (¿o acaso eran miles?) de policías secretos cubanos que estaban invadiendo Chile para espionar a la oposición. En el área de Providencia la campaña alcanzó un tono candente. En la embajada cubana, que se encontraba en ese vecindario, hubo que reforzar la guardia de carabineros. Las paredes de las elegantes boutiques estaban cubiertas de consignas

anti-cubanas y anti-allendistas. La pandilla del ala neofascista Patria y Libertad, imprimió volantes que abiertamente amenazaban de muerte a Fidel. La campaña tuvo el deseado efecto en los sectores de clase media. Tres días antes de la llegada de Fidel, Omar y yo estábamos en un café de Providencia cuando nos percatamos que desde la mesa de unos burgueses nos observaban. Unos minutos más tarde, un “caballero” bien vestido y de mediana edad se levantó de la mesa, vino hacia la nuestra y le preguntó a Omar qué estaba haciendo en Chile. Antes de que pudiera responder, el hombre lo acusó de ser uno de los espías cubanos (Omar se parecía a un cubano: era mulato y su acento venezolano es casi idéntico al de los cubanos), además de ser responsable personalmente de la escasez de pan, el control de precios y la expropiación de la granja de su primo. Omar rechazó el reto; pero durante el mismo periodo, al menos tres panameños, de compleción y acentos similares a los cubanos, fueron víctimas de ataques en el área de Providencia.

Los carabineros tenían sin duda, órdenes estrictas de enfriar cualquier cosa que pareciera provocativa, ya que no era imposible ni improbable que ocurriera un incidente violento. *La Tribuna*, el diario de propaganda del partido nacional, recibía el día de la llegada de Fidel con un titular que predecía que su traslado desde el aeropuerto tendría que hacerse en un carro blindado para protegerlo de la furia de los demócratas chilenos.

Gunther, que miraba conmocionado la movilización de la policía, deseó en voz alta que no ocurrieran ataques, porque no confiaba en que los carabineros respondieran y protegieran a Castro. De mala gana tuve que estar de acuerdo. Me obligaba a aceptar una idea que no quería admitir como cierta. A pesar de todo el calor, color, justicia y atributos de inspiración, no había nada totalmente cierto o irreversible en la Revolución Chilena. Su

progreso futuro dependía de que continuara la buena voluntad de la policía, del ejército y la marina tradicionales. Ellos eran los que tenían las armas.

El hombre al que habíamos venido a ver en palacio era Juan Ibáñez, director de la Oficina de Prensa Presidencial (OPR). Sus dominios era un área de cuatro cuartos, en un rincón de unos estudios de grabación, en el fondo oscuro del palacio. El congestionamiento originado por 200 o 300 periodistas y camarógrafos que deambulaban haciendo gran barullo en lenguajes revueltos, era una pesadilla claustrofóbica. No había aire acondicionado ni lugar donde sentarse. Los cuartos blancos y el calor eran insoportables. Las jóvenes voluntarias de la Universidad Estatal, aparentemente seleccionadas más por su belleza que por su eficiencia, trataban de poner orden en el proceso de acreditación de los corresponsales extranjeros. En el cuarto de prensa reinaba la confusión, tanta como el calor; la única cosa clara era que el OPR proporcionaría camiones *charter* para transportar a los periodistas, que debían salir en punto de las tres y media, lo que significaba que saldrían poco después de las cuatro. Coincidimos en que ésta sería la mejor manera de llegar, pero cambiamos de opinión al observar a reporteros furiosos. Un periodista de la televisión germano-occidental señalaba colérico a uno de los voluntarios, implorando con desesperación y gritando a cualquiera que lo pudiera oír: “¡Maldita sea, por qué ninguno de estos tipos habla inglés!” Él, por supuesto, no hablaba español.

Un corresponsal de una revista estadounidense, que pude reconocer como uno de los clientes habituales del Sheraton, vestido para la ocasión con un traje de tres piezas y corbata de seda, se pavoneaba y explicaba al enviado novato del *Miami Herald* que no debía interpretar erróneamente la celebración que bullía por

toda la ciudad, ni la demostración que ocurriría en el aeropuerto, pues se trataba solamente de un inteligente y bien planeado show propagandístico urdido por el gobierno.

Ibáñez estaba demasiado ocupado para podernos atender; el efecto combinado del calor y los periodistas nos llevaron de nuevo a la calle, donde pudimos ver algo que ni la mejor aceitada maquinaria gubernamental habría podido promover. La hora aproximada que pasamos dentro de palacio fue la misma hora que los trabajadores, estudiantes y sus familias habían elegido para salir en masa y ocupar ordenadamente media ciudad. Ocuparla, no como un acto de rebelión; era una toma de facto, había tantos miles de personas saliendo de sus casas para unirse a las demostraciones a lo largo de la ruta, que las aceras se encontraban abarrotadas. La Alameda, el bulevar central, de unos 15 kilómetros de largo y 90 metros de ancho, estaba convertido, alrededor del área de Moneda, en un desbordado canal de color. El tránsito había sido detenido y despejado de las carreteras; en lugar de coches circulaban tractores que transportaban campesinos, camiones de carga con trabajadores de la construcción, camionetas de correo atestadas de trabajadores, pobremente vestidos pero bien peinados, que viajaban con sus compañeras. Frente al Ministerio de Defensa, contra esquina de La Moneda, había decenas de camiones que habían sido conducidos por los habitantes de los nacientes campamentos, ciudades perdidas surgidas en medio de la noche, cuando familias sin vivienda se agrupaban para invadir terrenos en las afueras de Santiago. De las ventanas se asomaban carteles, banderas y pancartas, casi todas con las rayas rojinegras del MIR.

Cada camión tenía consignas pintadas y llevaba el nombre del campamento de donde provenía: Lenin, La Bandera, La

Hermida, Salvador Allende, Nueva Habana y otros ocho o nueve. La gente caminaba en todas direcciones, segura de que no habría un solo punto de la ruta en el que se encontraran pocos allendistas. Brigadas del MIR, organizadas en grupos de 15 a 20 militantes habían emprendido un operativo para cubrir todas las paredes del centro, pintarrajeando consignas y murales, algo que, antes de Allende, habrían tenido que hacer clandestinamente, metralleta en mano. Los carabineros miraban nerviosamente cómo la pintura roja y negra se iba comiendo edificio tras edificio, pero tenían órdenes del ministro socialista del interior de no entrometerse.

En otras partes de la ciudad, la brigada socialista Elmo Catalán se dedicaba a pintar un retrato del Che Guevara y ametralladoras de calibre 50, mientras que la brigada comunista Ramona Parra terminaba los últimos detalles de sus modernos murales multicolores, políticamente más sobrios, pero no menos atractivos.

Desde los altavoces colocados en los postes de luz en La Alameda, las canciones levantaban el ánimo de la multitud; la versión en español del himno de los sindicatos estadounidenses: "No nos moverán" era la favorita, simplemente porque todos conocían la letra simple y repetitiva. Los comunistas y el MIR reclamaban La Internacional para su patente y competían a ver quién la cantaba más alto cada vez que era tocada. La Plaza Italia era reconocida como la frontera baja de los barrios altos, de ahí, hacia abajo, la calle Providencia era degradada con el nombre Alameda y descendía hacía los barrios populares donde habitaban aquellos con ideas más oscuras que su piel. Pero el día de la llegada de Fidel, como cáncer en la corriente sanguínea, la Revolución desbordó La Alameda, cruzó la plaza, entró en la zona prohibida de los señores y los patrones y avanzó ola tras ola, a lo largo de los únicos tres bulevares arbolados de Santiago. Para alarma de los residentes, la

virulencia no emanaba exclusivamente de la parte infectada por la marginalidad social proveniente de algún lado del vecindario obrero, sino que también surgía del propio corazón de su enclave cultural.

Ingenieros, abogados, escritores e incluso unos cuantos pequeños industriales habían salido de sus closets y pintado sus *citronetas* o Peugeots 404 con consignas revolucionarias; paseaban alrededor de las casas de sus vecinos sonando fuerte el claxon.

Alrededor de las dos de la tarde, cuando los periódicos vespertinos llegaron a los puestos el diario socialista *Última Hora* podía presumir con exactitud que Santiago estaba en manos de los trabajadores y la Revolución; “que las calles pertenecían a la gente”, y que los momios (los reaccionarios), después de haberse enconado y amenazado con producir disturbios durante la visita de Fidel, “habían regresado a sus estancias echando cerrojo a la puerta y atrancando las ventanas”.

La Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FEUCH), contaba con seis o siete autobuses españoles de colores crema y rosa frente a su cuartel general, una mansión decrepita a unos metros de La Alameda. Un continente de la brigada Ramona Parra terminaba apresuradamente los esténciles con las consignas finales, y una multitud de estudiantes ansiosos, casi todos ellos comunistas de camisa roja, rondaban mientras presionaban a sus camaradas para que terminaran rápido.

Al tiempo marcado por las palmadas, cantaban con la misma cadencia que usaban todos los chilenos, sin importar qué fuera lo que se decía: “¡VÁ-MO-NOS! ¡VÁ-MO-NOS!”. Omar, Gunther y yo trepamos al vehículo que encabezaba la caravana y nos sentimos como en un baño sauna en dos ruedas. Experimentamos cierto alivio cuando arrancamos, la puerta del frente había

quedado abierta, pero con cientos de hombros y codos anónimos sobre nuestra cara, la brisa era limitada. La alegría y los cantos que comenzaron casi inmediatamente después de la salida, tenían un efecto más confortante que cualquier cambio climático. A todo pecho, algunos desafinados o fuera de tiempo, los estudiantes se unieron para cantar a ritmo tropical, "CUBA, QUÉ LINDA ES CUBA", y durante los 40 minutos que tardamos en llegar, la única interrupción eran los esporádicos vítores cuando nos cruzábamos con otra caravana o cuando todos gritaban "bienvenido" a alguno de los muchachos que recogimos en el camino pidiendo aventón.

Saliendo del centro y en camino al aeropuerto, viendo a la gente alineada por el camino, esperando pacientemente bajo los rayos del sol, sus cabezas cubiertas con banderas, pancartas y algunos con visores de cartón en los que se podía ver un retrato de Allende y de Fidel (un artículo que vendían en cada esquina emprendedores revolucionarios), me sentía como un microbio privilegiado que podía echar un vistazo profundo dentro de este organismo social que se llama Chile. Nunca antes en mi vida había sentido tal cercanía con tantos extraños, y era una pasión que estaba seguro embriagaba también a los chilenos. Sentí pena por el bien vestido y pálido periodista estadounidense.

El aeropuerto de Pudahuel semejaba un pedazo de dulce abandonado en el sol, que hubiera sido tomado por una colonia de hormigas. Cada camino cercano, puerta de entrada o techo del edificio estaba invadido por gente. Los campos alrededor de la estructura estaban repletos de toda clase de vehículos en los que los trabajadores de Santiago se habían transportado, estacionándolos después donde encontraron algún lugar vacío. La gente que había era, en su mayoría, trabajadores del país, la clase que los residentes de Providencia llamaban los "rotos". Sus trajes solían ser de colo-

res contrastantes y opacos; usaban la camisa cerrada sin corbata o con aquella que habrían comprado para una boda o un funeral hacía muchos años. Sus manos, al igual que su piel, eran ásperas y oscuras, sin ninguna alhaja. Hablaban con un reconocible acento de barrio bajo; a casi todos les faltaba un diente y los que tenían solían estar podridos y descoloridos. Los más pobres entre ellos, aquellos de los campamentos, tenían marcas de haber estado expuestos prolongadamente a los elementos. Se decía, en una suerte de chiste melancólico, que si el primer enemigo de los campamentos era el imperialismo, el segundo era la bronconeumonía. Las chozas de madera en las que habitaban los pobladores eran conocidas como “mediaguas”; los huecos entre las tablas dejando pasar el viento invernal, la lluvia y el lodo al interior de la estancia-dormitorio familiar. Los niños de estos campamentos solían tener quebrada la piel de las mejillas y estómagos protuberantes causados por la desnutrición y los parásitos, frecuentemente acompañada con una mirada fija, que también se podía ver en los adultos, un efecto del retraso mental muy extendido, provocado por falta de vitamina D a lo largo de varias generaciones.

No obstante, algo que todos estos trabajadores, pobladores y campesinos tenían en común, era la conciencia de clase, algo que había sido taladrado en su interior por los patrones. Ahora, esa conciencia, que por tanto tiempo había permanecido latente en su interior, empezaba a proyectarse hacia afuera; era un arma, no un rencoroso desprecio de sí mismos. El único elemento que, ese día en el aeropuerto, y durante todo el periodo de Allende, sobresalía como algo diferente de la triste historia pasada, era que la sumisa deferencia a los ricos y a los guapos se había invertido y era reemplazada por una audacia revolucionaria. Esta gente estaba orgullosa de sí misma, lo que era patente en sus canciones,

consignas, conversaciones personales y expresiones faciales. Ese día, Santiago era su ciudad; el aeropuerto, con una gigantesca bandera ondeando sobre él, era suyo; el presidente de la República era suyo; y en unos cuantos minutos, el individuo que más que ningún otro, simbolizaba la victoria de la pobreza institucionalizada en América Latina, el hombre que producía una amenazadora sombra sobre la riqueza y el poder de los patrones, estaba a punto de arribar para visitar su país y hablar con ellos.

Al acercarse el momento de la llegada, la atmósfera se fue cargando de ansiedad y anticipación. Algunas personas se habían desmayado, producto de la emoción. Afuera de las rejas del aeropuerto, los carabineros se esforzaban en mantener a las multitudes sudorosas atrás de las débiles cuerdas, que constituían las líneas de la policía; aun en esos ojos, escondidos bajo las gorras prusianas, se podía ver el brillo de la curiosidad. En el interior, dos o tres mil estudiantes de secundaria, casi todos ellos de las juventudes comunistas, abarrotaban las salas de espera, mostradores de boletos y salones de pasajeros. Los cientos de mástiles de banderas eran como un jardín de bambúes latente que hubiera surgido del piso del edificio. El mirador del segundo piso, que se puede encontrar en cualquier aeropuerto, parecía a punto de vencerse por el peso de quienes gritaban desde ahí. Toda el área había sido dividida proporcionalmente entre socialistas, comunistas y jóvenes militantes de los partidos de izquierda. El canto cacofónico no cesaba, a pesar de que requería de un esfuerzo casi sobrehumano, tomando en cuenta el calor. Dentro de las pistas, los casi trescientos periodistas hacían las revisiones de último minuto de sus equipos, y la elitista guardia de la Fuerza Aérea, que recibiría a Castro con veintidós disparos de bienvenida, se mantenía en firmes, en formación de media luna. A mi derecha, a través de una entrada lateral a

las pistas, entraba la escolta de Allende y pasaron dos o tres segundos antes de que los que estaban en el mirador lo notaran, cuando del otro lado de las pistas se pudo escuchar el estallido de aplausos y gritos. Cuatro motocicletas de carabineros escoltaban a Allende, que viajaba en un ford fairlane negro convertible modelo 65, con el techo descubierta, (¿qué pasó con los rumores de los “coches cerrados”?).

Detrás del presidente venían seis fiat 125 especial en azul real, totalmente nuevos, que rodaban muy cerca del piso por el peso de los cuatro guardaespaldas que viajaban en cada uno de ellos. Estos hombres eran parte del GAP, guardia armada presidencial, un equipo formado por sesenta y seis amigos personales de Allende, con los que había suplantado, desde el inicio de su gestión, a la tradicional guardia de carabineros.

Allende tomó su lugar en una pequeña tarima en el centro del campo aéreo y con la cabeza en alto esperó pacientemente la llegada de su invitado. Al mirarlo, tomé aire y decidí tranquilizarme, ya que había quedado hiperactivo después del viaje desde la ciudad. Mi respiración se calmó, pero me sentí débil. Empezaba a sentirse una brisa en el campo, pero todavía eran visibles las olas espectrales sobre el asfalto ablandado por el calor. Estaba de espaldas al mirador, a ciento ochenta metros de distancia; el ruido que de ahí provenía sumado al que producían los miles que se encontraban afuera se ahogaba un poco en la distancia.

Eché un vistazo a mi reloj. Eran las cinco y diez, y a través de los altavoces se escuchó el anuncio de que el avión en el que viajaba Fidel, estaba a punto de hacer su entrada a la pista. Después de un estallido de aplausos, el silencio se apoderó de los miles de presentes y mi garganta se reseco por un repentino nerviosismo. No podía escuchar aún el zumbido de los motores del jet; eran

demasiado fuertes las palpitaciones en mis oídos. Descubrí que tenía los ojos húmedos sin ninguna razón en particular; parecía la forma más natural de descansar de la tensión que había empezado a clavarse en mi estómago y golpear mis rodillas. En lugar del débil zumbido, lo primero que escuché fue un vibrante estruendo, que duraría uno o dos segundos, y luego los familiares pero amplificados cantos, gritos y palmadas. Esta vez el barullo aumentó en crescendo, hizo eco en las montañas y comenzó otra vez. El jet Illyushin tocó tierra, y de pronto me vi envuelto en un remolino de movimiento y sonido que me jaló durante los siguientes minutos, sin permitir la intervención de mi voluntad. Como una rama en un río de rápidos, no sólo mi cuerpo había sido levantado por la corriente, sino también mi razón y mis sentidos.

Cuando Fidel bajó del avión la tierra tembló con los cañones de la Fuerza Aérea y la conmoción de los chilenos. No recuerdo haber escuchado el himno nacional que interpretaba una banda militar; mi siguiente recuerdo es el de haber corrido a un lado del auto descubierto en el que viajaban ambos personajes, aprisionado entre los reporteros y las ametralladoras de la GAP. El ansia de los manifestantes rompió las líneas de los carabineros, que fueron tragados por la masa. La procesión pudo continuar gracias al paso que iba abriendo la GAP. Era lo más real que hubiera presenciado, tanto así que me sentí en un documental con la participación del público. Había lágrimas y risa; confeti y canciones y ese martilleante “¡FI-DEL! ¡FI-DEL! ¡FI-DEL!” que no dejaba mis oídos. Corrí junto al auto mientras mis fuerzas me lo permitieron, descansaba en las momentáneas paradas, cuando Allende y Fidel se detenían a saludar las manos que se les ofrecían y besar a aquellos que se aventaban en su camino.

La energía explosiva que generó la llegada de Castro, y la triunfante travesía de dos horas y más de 20 kilómetros, por la ciudad, marcó tan sólo el arranque de una movilización popular que pudo mantener esa misma atmósfera estática durante los veintitrés días que duró el viaje de Fidel. La procesión cubana recorrió, después de la capital, los desiertos de Arica, las minas de cobre de Chuquicamata, bajando a las minas de carbón de Concepción y a la zona semi-ártica de la Tierra del Fuego, para después regresar a Santiago. Era la prueba existencial de un mes de los sueños que por años, los “rotos” habían esperado ver; el gobierno de Chile estaba siendo anfitrión de la figura más brillante del mundo latino que viajaba de ciudad a ciudad, dando un promedio de tres discursos al día, ganándose el corazón de los chilenos con un humor malicioso e incitándolos constantemente a perseguir el camino de la revolución.

Para la segunda semana de este cautivante terremoto político la revista socialista del MIR, *Punto Final*, podía decir: “Chile vibra de norte a sur con la revolución”. El más grande héroe popular latino desde San Martín había llegado finalmente y había sacado a la gente a la calle, en donde se quedó por cerca de un mes; los mormos, sin haber logrado el valor suficiente para dejar sus refugios hasta unos días antes de su partida.



## JULIO 1973

Más de un año y medio después, el 26 de julio de 1973, Cuba aún permanecía en las mentes y en los labios de los chilenos. Era el vigésimo aniversario del fallido ataque de Castro a las barracas del Cuartel Moncada, el principio de la Revolución Cubana.

Nuevamente, los trabajadores se preparaban para la celebración que sería algo diferente a la que había rodeado a la llegada de Castro. Chile era diferente ahora, los jubilosos días de ese verano de 1971 estaban casi olvidados. En los veinte meses que habían transcurrido, la revolución había estado sujeta a lo que normalmente hubieran sido veinte años de desarrollo social promedio. Esto, por supuesto, no era la excepción. Cada gran levantamiento revolucionario de la historia ha actuado como un catalizador; y los eventos de ayer, que todos creyeron tan importantes, se vuelven hoy una simple nota al margen o, en el mejor de los casos, un pálido precedente de un hecho aún más dramático.

La celebración de ese día iba a estar mejor organizada que nunca porque, de hecho, los trabajadores como un todo habían perfeccionado su organización a partir de un esfuerzo diario. A diferencia del día de la llegada de Castro, las manifestaciones no estarían dirigidas a la reafirmación exaltada del carácter revolucionario del movimiento obrero. Eso ya había sido probado una y otra vez. En este día no serían las canciones y la música las que dominarían el ambiente, sino el debate político, los panfletos teó-

ricos y la acalorada discusión de las competitivas líneas de partido dentro de la izquierda. La manifestación no tendría lugar en las calles, sino en un estadio cerrado, por la noche. Habría discursos y no bailes. La manifestación no sería de las que concentraban a un millón o más de personas; no habría probablemente más de diez mil. Esto no era debido a la pérdida de interés revolucionario, sino más bien a un explosivo y envolvente crecimiento del compromiso político, a tal grado que los revolucionarios ya no eran juzgados bajo el criterio de su asistencia puntual a las esporádicas manifestaciones, sino por la naturaleza de su trabajo diario. La revolución se había extendido a tantas áreas que la participación podía darse como una rutina de veinticuatro horas del día. La reunión que se llevaría a cabo esa noche era similar a las que habían ocurrido en todos los rincones del país en los últimos meses. En vez de que los trabajadores participaran dos veces al año en reuniones espectaculares de millones de personas, iban tres veces a la semana a una junta con 200 y cada sábado se reunían con 5 mil.

Chile había dejado atrás la luna de miel con el sueño de una transición revolucionaria pacífica. El último año y medio había torcido y atormentado al país con brotes violentos en escalada, que asustaban aun a sus propios protagonistas. El 26 de julio de 1973, Chile estaba en una encrucijada prohibida: no habría medidas tibias ni paso atrás. Sería socialismo o barbarie, revolución o represión.

La dinámica puesta en marcha con la elección de Salvador Allende como presidente y la insistente ofensiva social de los pobres estaba alcanzando un climax decisivo. La revolución había logrado un progreso dramático y unificador, pero también lo había logrado la contrarrevolución. Una se alimentaba hambrientamente de la otra y el ritmo de toma y daca se apresuraba y se acer-

caba a un crescendo de cataclismo con paso veloz. Las tradicionales políticas pacíficas de Chile habían desaparecido y en su lugar arribó un atemorizante huracán de lucha de clase y odio. A cada movimiento correspondía un movimiento en contra que provocaba una nueva medida y así en adelante, en un ciclo peligroso y mareante. En el campo tenía lugar la más amarga de las batallas. Una reforma agraria que suprimía a aquélla, que aún en la Revolución Cubana había sacado al campo del sistema latifundista del siglo XVIII, empezaba a crear nuevas organizaciones colectivas humanizadas y una estructura de granjas auto-gestionadas. Pero la resistencia de la deshonrada y semifeudal aristocracia era férrea. El ordenado plan compensatorio de tres años del gobierno para nacionalizar todas las grandes fincas, estaba perdido en un pantano político y legal, gracias a la derecha. El Congreso, controlado por la oposición, intentaba legislar contra la reforma. El sistema de juzgados reaccionarios emitía mandatos contra las expropiaciones y los propios latifundistas habían organizado planes de patrullas nocturnas y vigilantes para amenazar a los trabajadores de la Reforma Agraria.

Los campesinos se revelaron y tomaron el campo en ofensivas bien planeadas, provincia tras provincia. El gobierno, temiendo represalias, intentaba disuadir a los promotores rurales pero muy pronto se vio dentro de la marejada de la revolución agraria. Cientos y miles de granjas fueron tomadas por sus trabajadores quienes habían sido animados y organizados, en la mayoría de los casos, por los socialistas, el MIR y el MAPU. Los líderes del Partido Comunista tendían, como una regla, a no involucrarse con estas acciones "ilegales". El movimiento crecía y el gobierno sólo podía responder "legalizando" las expropiaciones después de que habían ocurrido. La mayor parte de las invasio-

nes sucedían pacíficamente y sin derrame de sangre, pero algunas ocurrían después de feroces balaceras entre los campesinos y los propietarios, reforzados por vecinos latifundistas y los habituales matones contratados. Para el 26 de julio de 1973, el 50% de la producción agrícola del país se encontraba en manos de los trabajadores, y persistía aún la lucha para obtener más tierras. Más de 4,500 granjas habían sido tomadas y con ello se daba por terminada la primera fase de la reforma: la expropiación de todas las propiedades de más de 70 hectáreas. Los campesinos presionaban ahora para que se entrara a la segunda fase: la toma de todas las granjas de más de 32 hectáreas.

En la celebración de la Revolución Cubana, que se llevaría a cabo esa noche, los trabajadores del campo, más que pregonar la victoria de Fidel, presumirían la propia y buscarían el apoyo necesario para socializar más granjas.

Los trabajadores urbanos que participarían en la jornada de celebración tenían también sus propios trofeos que mostrar. Ellos habían peleado, quizás con más tenacidad que los campesinos, con la caldeada reacción de las clases elitistas. Habían peleado y ganado la nacionalización de la industria de acero chilena, con sus minas de hierro, minas de fosfato, los teléfonos, los textiles, el cemento, los automóviles, aserraderos, electrónica y, por supuesto, las increíblemente productivas minas de cobre que habían sido explotadas por las corporaciones Anaconda y Kennecott Copper. Todas estas industrias habían quedado a su alcance y estaban siendo administradas por Consejos elegidos por los trabajadores. La clase de los industriales había respondido lanzando un boicot en el área privada de la producción; los comerciantes empezaban a acaparar la comida y otros productos básicos, y el trabajador urbano tenía que enfrentarse a la creciente escasez, precios al alza

y una inflación disparada. Los comités populares para el control de precios se multiplicaron para contrarrestar el mercado negro; las comunidades más pobres institucionalizaron sus propios sistemas de racionamiento; y el ala izquierda del gobierno comenzó a discutir planes de racionamiento a nivel nacional.

Eran los trabajadores urbanos los que habían sufrido el golpe del ataque económico del ala derecha en octubre de 1972, cuando la Asociación de Transportistas, formada por 40 mil independientes se unió al partido nacional y a los demócrata-cristianos, hundiendo al país en una huelga de transportes de 30 días. El paro laboral apretó el torniquete del hambre sobre las gargantas de los trabajadores, pero todavía recibirían un apretón más, cuando las cámaras de comercio decidieron cerrar las puertas de sus establecimientos en solidaridad con los transportistas. Los efectos habían sido desastrosos y aún se dejaban sentir, pero el paro de octubre había sido enfrentado con valor por los trabajadores de las fábricas y sus familias, quienes habían establecido Consejos de emergencia para coordinar sus necesidades. La huelga era muestra de que la derecha tenía aún una fuerza económica de golpeteo en las fábricas privadas, los establecimientos comerciales y los pequeños negocios de los cuales era dueña.

En los siete meses que habían transcurrido desde el final de la huelga hasta la noche de la celebración por Cuba, los trabajadores de Santiago y de las otras ciudades importantes habían mejorado con diligencia sus habilidades de organización y movilización, estando conscientes que en cualquier momento el país podría ser enviado a otra ola de asfixiante escasez. La preocupación de que esto ocurriera había empezado a atenuarse desde los inicios de 1973; pero el 29 de junio, menos de 30 días antes de la celebración por el aniversario cubano, ocurrieron una serie de hechos que

acercaron la confrontación final entre trabajadores y patrones. Ese día, después de un torbellino de proféticos rumores, diez tanques y 200 hombres de un regimiento del ejército rompieron los dos años de prudencia, imponiendo un sitio al Palacio de la Moneda, volando sus puertas e intercambiando fuego de metralletas con los carabineros que resistían desde dentro. La intentona, después de costar la vida a 22 personas que pasaban por ahí, fue sofocada en la noche por regimientos leales. Pero, mientras que las armas disparaban y el desenlace era todavía incierto, Allende se dirigió a todo el país desde su residencia particular, haciendo un llamado a todos los trabajadores para tomar “todas las fábricas y centros de trabajo” en el país y para estar listos a luchar, de ser necesario. La participación de fuerzas civiles nunca fue requerida, dada la rápida derrota de los militares rebeldes. La toma por parte de los trabajadores fue completa. Las fábricas fueron engullidas por el entusiasmo revolucionario, teñido en un principio por el temor, pero luego infundido de efervescente preocupación y reto. Los embrionarios consejos obreros, llamados cordones, que habían sido apoyados por los socialistas y objetados por los más moderados comunistas, habían llegado a ser no sólo grandes agrupaciones, sino los dueños y señores de los oscuros y húmedos corredores industriales concentrados en las cuatro áreas de la ciudad. Eran soviets chilenos, consejos obreros que, un día después del intento golpista, habían ganado los titulares de los diarios por haber tomado tan rápida y eficientemente el 90% de las fábricas de Santiago. Ellos habían coordinado la transportación, la comunicación y la educación política entre los cientos de centros de trabajo liberados.

Tres días después del intento de golpe de Estado era claro que los cordones iban a animar a los trabajadores para mantener la ocupación. Y de hecho, en una segunda ofensiva lanzada esa

semana, muchas otras fábricas se sumaron a la lista inicial. Para la primera semana de julio, los peores espectros de media noche de la burguesía chilena habían desaparecido; en menos de cinco días habían perdido casi la totalidad de su riqueza productiva, y las paredes manchadas por el humo y el smog habían sido cubiertas con banderas rojas; los controlados vecindarios industriales, convertidos en zonas libres, liberadas por los trabajadores. El socialismo chileno, medido por el poder económico y político de los trabajadores, logró más en una mañana de junio, que lo que había alcanzado en los 25 meses previos de parlamentarismo paso a paso.

El 26 de julio de 1973, cuando los trabajadores habrían de llenar el estadio para aplaudir a la Revolución Cubana, estarían pensando en sus camaradas que se habían quedado haciendo guardias en sus recién ganadas fábricas y preparándose lo mejor posible para el próximo *Götterdämmerung* que lanzarían los industriales que se negaban a ser desplazados en la historia por los que ellos consideraban “basura comunista”. El consuelo para los trabajadores, al enfrentarse a este inquietante futuro, era que en las oscuras horas de la confrontación final parecía como si amplias secciones de las fuerzas armadas estarían de su lado. En el amanecer del intento de golpe, los trabajadores habían probado la comunión con las fuerzas que habían permanecido leales y habían recibido a las caravanas de uniformados con la aclamación: “¡Soldado, amigo, el pueblo está contigo!”

En esta atmósfera volátil y crucial debía llevarse a cabo la celebración del 26 de julio. Chile era un barril de pólvora inmerso en una lucha de pasiones conflictivas. La dialéctica del cambio pacífico se había agotado y llevaba hacia el punto donde se decidiría el futuro del país. Como *Punto Final* había dicho en una editorial

de unos meses antes: "Para Chile las cartas están en la mesa; será socialismo o fascismo, pero nada intermedio". Revolución o contrarrevolución. Chile se encontraba dividido entre dos campos irreconciliables: uno representaba el futuro y el sueño de un nuevo orden. En el otro extremo, se encontraba el oscuro y cruel pasado, que si salía victorioso, significaría hambre, terror y opresión. Entre las dos posibilidades se encontraba el menos definido pero más importante factor, la base esencial de todo poder político real, las fuerzas armadas, los hombres armados.

Dentro de este balance, a diferencia de los días de la visita de Castro, los trabajadores se encontraban a la defensiva. La avalancha de la reacción amenazaba diariamente a través de la prensa anti-Allendista. Jóvenes con la camisa del partido sufrían ataques en Providencia. La pandilla fascista Patria y Libertad había crecido con simpatizantes de clase media, convirtiéndose en una poderosa y brutal milicia. Los líderes de sindicatos eran atacados en sus hogares. Bombazos terroristas para destruir sitios de reunión de socialistas y comunistas ocurrían al ritmo de 20 a la semana. Las fábricas nacionalizadas estaban siendo saboteadas y las vías del tren cortadas. La noche del vigésimo aniversario de la Revolución Cubana, cuando me encaminaba a la reunión de trabajadores del cordón Vicuña Makenna, me asustaron los titulares derechistas de la prensa vespertina. *La Segunda*, diario perteneciente a la poderosa cadena de publicaciones *El Mercurio*, dedica a su primera plana y letras de 18 centímetros a un llamado de un senador demócrata cristiano que pedía "a las fuerzas armadas de la Patria, limpiar de trabajadores todas las fábricas ilegalmente ocupadas y acabar con el Ejército Rojo, que estaba siendo entrenado en su interior". Durante las últimas dos semanas, la derecha, aprovechando la tibieza oficial del gobierno con respecto a las ocupaciones, había lanzado

una campaña dirigida a la policía y al ejército, intentando alentarlos para retomar las fábricas y terminar con la revolución. Los trabajadores estaban conscientes del peligro y fincaban su esperanza en que su unidad y la lealtad de las fuerzas armadas a Allende evitarían un baño de sangre.

El Teatro Caupolicán era un estadio cerrado que servía para albergar cualquier cosa y tenía capacidad para 8 mil personas. Por ahí habían pasado circos, festivales sobre hielo, bailes y la fiesta de aniversario de la Revolución Cubana. Era una arena gris enmohecida de tres pisos, a 20 cuadras de la Alameda en el barrio obrero de San Miguel, el único pueblo en el mundo que tiene una estatua del Che Guevara en su plaza central. Las delegaciones de los diferentes sindicatos empezaron a tomar los mejores lugares del primer piso, alrededor de las seis y media de la tarde. Habían llegado después de marchar desde su trabajo caminando por las calles, gritando sus conocidas consignas y cantos. Al ir entrando al teatro, los diferentes grupos eran llamados por el nombre de su fábrica o vecindario, logrando con ello una aclamación generalizada en señal de reconocimiento. Los asientos se llenaron rápidamente con trabajadores cansados y más frescos estudiantes, muchos de los cuales habían hecho su entrada a la arena en formación militar, equipados con cascos metálicos, lentes de motociclista y palos de bambú que sostenían cual lanzas. Esas cuasi-milicias eran encabezadas por un comandante, que marchaba al frente del grupo armado con unos chacos coreanos, gritando órdenes. Estas agrupaciones obtuvieron una calurosa bienvenida, y aunque trataban de reprimirlas, las jóvenes caras, bajo esos cascos, dejaron escapar una sonrisa.

En la espera del comienzo del programa de esa tarde, las distintas delegaciones mataban el tiempo lanzando a gritos sus

slogans para ver cuál era la respuesta que recibían del auditorio. Era una forma primitiva, pero increíblemente precisa para probar cómo se encontraban las “aguas” políticas de una u otra línea, de cada grupo en particular. Escuchando cómo iba subiendo el volumen de los cantos, observando a los estudiantes, vestidos para un combate y leyendo las mantas que colgaban de los balcones, de pronto me di cuenta de la importancia de la reunión. Iba ser una de las más militantes, sin lugar a dudas. El MIR tenía una amplia representación y habían logrado encender el ambiente, golpeando con sus pies el piso al tiempo que gritaban el provocativo: “¡PUEBLO! ¡CONSCIENCIA! Y ¡FUSIL! ¡MIR!” En una sábana pintada de rojo y negro, que se encontraba al fondo del auditorio se podía leer: “¡TODO EL PODER A LOS TRABAJADORES!”, “¡TODO EL PODER A LOS CORDONES!”, “¡FORMEN MILICIAS OBRERAS!”, “¡NO HAY ECONOMÍA DEL TRABAJADOR, SIN UN EJÉRCITO DE TRABAJADORES!” Las presuntuosas actividades del MIR fueron el punto de arranque para la competencia entre grupos que se desató esa noche, al igual que en todas las reuniones de la izquierda. Los comunistas, molestos por la actitud extremista del MIR, apuntaban sus cañones verbales, como madre aleccionando a un niño: “EL ULTRAIZQUIERDISMO MATA AL SOCIALISMO”. La competencia de gritos prosiguió durante los próximos diez o quince minutos, en un bien entonado todos contra todos...

A pesar de que esto mostraba un tipo de desacuerdo entre la izquierda, también indicaba que existían sanas y debatibles diferencias, algo preferible a un pensamiento petrificado y monolítico. El ruido, el color y el piso vibrando con los golpes de los pies de los trabajadores calentaban la sangre. Ubicada en ese momento particular del conflicto generalizado del país, la reunión tenía una

conciencia histórica propia que se podía sentir. Al igual que aquellos que presenciaron la reunión de los soviets en el Smolny en octubre de 1917, o la entrada de Fidel a La Habana, los que aquí estaban presentes, más allá de la emoción, tomaban notas mentales de algo que sabían sobreviviría las desmemorias del tiempo. La contrarrevolución amenazaba con cerrar caminos por todos lados, pero los trabajadores estaban ofreciendo resistencia y demostrando su fuerza. Esa noche, el Teatro Caupolicán nos parecía a todos la primera reunión del Congreso de los Trabajadores. Racimos de gente se identificaban con los letreros pintados a mano: cordón Vicuña Mackenna, cordón O'Higgins, cordón Cerillos, cordón Santiago Centro y delegaciones de cada vecindario y suburbio de la ciudad. Retratos de diez metros de Fidel, Allende y el Che Guevara dominaban la parte alta del escenario, en donde el primer orador había tomado la palabra. Se trataba de Luis Figueroa, ministro de trabajo, ex-presidente de la gigantesca federación laboral, la CUT y miembro del Partido Comunista.

De pie en el podium sonrió, ajustó los micrófonos y escuchó pacientemente y con aparente alegría los desbordantes cantos que mecían al estadio e hizo uno propio, a partir del mero impulso emocional, de mantener la fe en la revolución. Durante los dos o tres minutos que siguieron, las diferencias desaparecieron; los miles de asistentes se unieron a una consigna que garantizaba la unidad: "¡ALLENDE! ¡ALLENDE! ¡EL PUEBLO TE DEFIENDE!"

Cuando paró la algarabía, Figueroa comenzó su discurso; y de repente, como si un siniestro apagador hubiera sido activado, la estática emoción comenzó a menguar. Como un gas letal e invisible la tensión que se vivía en las calles y fábricas se coló al interior del estadio. El ministro del trabajo, de acuerdo a la política de su partido, empezó a atacar a los cordones y a denunciar su "actitud

aventurera que fácilmente podría llevar al país a una guerra civil". Los socialistas, miristas y el MAPU abuchearon y chiflaron para quitarle la palabra, mientras gritaban el slogan de los cordones: "¡LUCHAR Y CREAR PODER POPULAR!" Los comunistas respondieron a los gritos, y pronto el discurso de Figueroa no era más que un telón de fondo para las crecientes amenazas y acusaciones. En algunas áreas del estadio grupos antagónicos se habían liado a golpes con puños, banderas y pancartas. El discurso tuvo que abreviarse cuando la pelea se fue caldeando y generalizando, llegando a un punto cercano al pánico cuando ingenuos adolescentes comunistas gritaron con horror al ver que socialistas, comunistas y miristas peleaban unos contra otros. Se realizaron esfuerzos para calmar los ánimos y permitir que el subsecretario del partido socialista hablara, pero cuando se escuchó su nombre en los altavoces, muchos de los comunistas buscaron la puerta de salida. El discurso de Adonis Sepúlveda tenía un tono opuesto al de Figueroa, pero pronto se perdió entre el griterío y la pelea. Orlando, un fotógrafo chileno y socialista, con quien yo había estado sentado, se volteó y me dijo con tono cínico: "Sabes, estamos tan cerca, o más bien, estuvimos tan cerca. Ahora no lo lograremos. Todo se ha terminado".

En medio de los ánimos encendidos y ocasionales encuentros a golpes, la gente fue saliendo del teatro con el espíritu derrotado y el futuro nublado. La reunión había terminado. Lo único que se había celebrado era un siniestro presagio. El más sangriento golpe de Estado de la historia de América Latina se encontraba a sólo seis semanas de distancia.

Esa noche en mi departamento, sentado con Orlando, Gunther y otros amigos tomamos cerveza mientras tratábamos de ordenar nuestras mentes sobre lo que había pasado y lo que

podría suceder en las siguientes semanas. Sentíamos la amargura, la melancolía y el pesimismo.

Nuestros pensamientos recorrieron los meses y años pasados, buscábamos con desesperación una clave de donde asirnos. Era casi increíble, coincidíamos, en lo rápido que habían cambiado las cosas. Parecía que sólo habían pasado unos días desde que Santiago era la ciudad de los trabajadores, cuando Fidel la atravesaba dando un discurso tras otro. La oposición de la derecha solía ser motivo de risa, una broma. ¿Qué había sucedido que ahora amenazaba con poner nuestro mundo de cabeza? En los entonces dos años y medio de historia del Gobierno de Unidad Popular, un día resaltaba como el más significativo y de eso estábamos seguros. Ese día, debía haber sido estudiado a profundidad, por todas las lecciones que había dejado.

Se trataba del último día de Fidel en Chile. La noche anterior la ciudad había sido testigo del primer estallido violento de la derecha, algo que en el momento pareció increíble por sus proporciones pero que ahora estaba empujado por los últimos golpes derechistas. Veinte mil mujeres de clase media marcharon a la Alameda desde Providencia muy acicaladas y a la última moda, sonando cazuelas y gritando que tenían hambre; que los “marxistas les habían recortado el abasto de alimentos a las zonas democráticas”. Las acompañaban jóvenes de buena estatura con escudos, quienes se dedicaron a romper vidrios, levantar barricadas, pelearon con los trabajadores comunistas de la construcción, intentaron volar el edificio de la UN, asolaron los cuarteles generales de las juventudes comunistas, e intercambiaron bombas molotov con los defensores. La policía fue llamada en gran número; por primera vez en la historia del país, lucharon arduamente con los derechistas hasta temprana hora de la mañana. Allende declaró el

estado de ley marcial y la ciudad fue puesta bajo el control de un general del ejército llamado Augusto Pinochet, que resultaba ser el tío de mi amigo Christian.

La primera y única declaración del general acerca de la crisis fue que esperaba que “la policía será capaz de controlar los disturbios. Si no, pudiera ser que el ejército saldría a las calles y haría lo único que sabía y estaba entrenado para hacer: ¡Matar!”

Las cien mil personas que llenaron el estadio nacional al día siguiente para ver a Fidel, estaban furiosas por los destructivos incidentes. Les había insultado ver como los ricos y bien alimentados montaban un cínico teatro de hambre. Pero la violencia desatada se olvidó cómo un fenómeno pasajero. La tendencia era la de creer que la advertencia del general Pinochet, aparentemente contra la derecha, mantendría sofocado cualquier futuro encuentro violento. Castro pensaba de otra manera. Se burló de la manifestación llamándola una de “cazuelas vacías y refrigeradores exuberantes”. Pero después agregó que los incidentes no debían ser tomados con ligereza. Era posible que las cosas empeoraran a menos de que se entendiera plenamente la importancia de la conmoción.

Fidel vio algo en la revolución chilena que le causó malestar — algo que a todos los demás nos llevó meses descubrir; para otros, como había quedado claro por los pleitos de la reunión, aún no estaba claro. En su discurso final a los chilenos, Castro advirtió:

“Queda una pregunta: ¿Quién aprenderá más y más rápido? ¿Quién tomará consciencia más rápido? ¿La gente? ¿O los enemigos de la gente? ¿Y están ustedes seguros, ustedes los revolucionarios, están completamente seguros de ser los protagonistas? ¿De ser los actores de esta página de la historia que está siendo escrita por su país? ¿Están completamente seguros de haber aprendido más que sus explotadores?”

La respuesta unánime fue la de “¡SÍ, FIDEL!”

Fidel agregó: “Permítanme estar en desacuerdo. Sí quieren que sea completamente honesto, y quiero serlo. Por supuesto que me puedo equivocar, y hacer un juicio falso de la situación; pero nunca diría algo en lo que no creo; y creo sinceramente que el aprendizaje de la oposición, las lecciones que ha tomado la reacción, han ido mucho más rápido que las de las masas”.

El propio Allende debe haber sentido que Castro tenía la razón; al hablar ese día presagió “horas negras que oscurecerían el sol chileno” en un futuro cercano, cuando la minoría desplazada intentaría de nuevo retomar el poder. Alzando ambos puños en el aire, a la altura de su propio discurso, Salvador Allende, vestido sin corbata y con una aureola de confianza exclamó en una forma deliberadamente mesurada:

“Les digo esto con calma absoluta, con absoluta tranquilidad: no tengo la sangre de un apóstol ni la carne de un mesías. No tengo ninguna intención de convertirme en mártir. Soy un activista social y llevo a cabo las tareas que el pueblo me ha encomendado. Pero, que todos aquellos que han dado la espalda a Chile ignorando a sus mayorías, entiendan una cosa: sin querer ser un mártir, no daré marcha atrás. ¡Entiéndanlo bien! ¡Dejaré La Moneda cuando haya terminado el mandato que la gente me ha dado!”

“¡Sépanlo! ¡Escúchenlo! Que llegue hasta el fondo: Defenderé la Revolución Chilena y el Gobierno Popular porque es lo que la gente me ha pedido. ¡Sólo rellenándome de balas lo podrán impedir!”

La seriedad, el reto, y sobre todo la fuerza y la voluntad de perseverar que estaban escritas en la cara de Allende provocaron una estruendosa ovación. Estos dos hombres sabían desde mucho antes que fuera comprendido por otros, que la relativa pasividad

de la derecha no podía ser confundida con debilidad. Eran simplemente tiempos de alianzas, de planear estrategias y de preparar tediosamente las fuerzas para el inevitable y violento desencadenamiento.

En mi departamento, recorríamos mentalmente esos días y nos auto flagelábamos por haber confundido la ilusión y el estilo con sustancia concreta, y no había ninguna duda de que los trabajadores, antes de apagar las luces de sus fábricas ocupadas esa noche, también estarían deseando que volvieran los días más optimistas que habían conocido. ¿Por cuánto tiempo seguirían siendo estas fábricas suyas? ¿Serían ellos la base de un nuevo Chile socialista, o se convertirían en los cementerios de tumbas masivas para miles, caídos por la cuchillada de la vengativa contra revolución?

No fue sino hasta el día siguiente cuando supimos que la tragedia de la reunión por Cuba era la más leve de las dos ocurridas esa noche. A la una de la mañana, al regresar de una recepción diplomática en la embajada cubana, el comandante Arturo Araya, asesor naval del presidente Allende, había sido asesinado en su casa por un comando terrorista.

La noticia me provocó un frío malestar, y me vestí rápidamente para ir al palacio. En el camino, recibí una segunda cachetada que me llegó en forma de un reporte de un diario que informaba que tropa de la Fuerza Aérea, actuando con, autonomía constitucional, había perpetrado un ataque contra una de las fábricas ocupadas por trabajadores de Santiago.

Había sido algo brutal e insospechado, supuestamente en busca de "armas ilegales". Parecía que la campaña propagandística de la derecha había empezado a echar raíces en las fuerzas armadas. El tan mentado matrimonio entre la izquierda y las "fuerzas leales" era ya sólo un cadáver que reposaba junto al de Araya. Y lo que era peor, los trabajadores estaban desarmados.

En palacio, esperé con otros cientos de personas la llegada de Allende. Arribó en el cortejo fúnebre del cuerpo de Araya y ayudó a cargar al asesinado comandante al interior de Moneda, donde reposaría. La fuerte y desafiante cara que yo había recordado la noche anterior se había convertido en el semblante ofuscado y deprimido de un hombre con una tristeza profunda.

Quise alejarme, sintiéndome también ofuscado. Estaba preocupado y asustado. Las cosas iban demasiado mal y en la dirección equivocada. En el camino me topé con un amigo que atropelladamente puso un despacho de teles en mis manos: la ofensiva de la derecha era total. Esa mañana, por segunda vez en menos de un año, la Asociación Nacional de Transportistas, había estrangulado a Chile con un nuevo paro laboral. A éste no sobrevivirían ni Allende ni la Revolución.



## SEPTIEMBRE DE 1973

Las palabras de Fidel habían sido proféticas. La derecha había aprendido más y más rápido. A escasas seis semanas del asesinato del asesor naval, el propio Allende había sido asesinado, envuelto en un poncho boliviano y enterrado apresuradamente en Valparaíso. Junto con él la vía socialista chilena había encontrado un callejón sin salida: asesinada por las fuerzas armadas y por la administración Nixon. Mientras que la Unidad Popular luchaba por lograr una estrategia coherente de supervivencia, los militares afilaban sus cuchillos. Mientras que el Partido Comunista realizaba un maratón en televisión para protestar por la amenaza de una guerra civil, una semana antes del golpe, Hugo Blanco, antiguo líder de la guerrilla peruana comentó conmigo mientras comíamos: "Si crees que va llover, no te pones a rezar para que salga el sol; te compras un paraguas".

Ahora me encontraba escondido en un departamento de lujo, con vista al Parque Forestal. Mi anfitrión era el Consejero para asuntos estudiantiles de la embajada norteamericana. Un "liberal". Estando bajo sospecha de sus superiores, le habían retirado el pasaporte, que se encontraba en una caja fuerte de la embajada, siendo un casi prisionero al igual que nosotros. A través de su ventana yo podía ver los tanques de construcción americana que rodeaban la facultad de Bellas Artes. Dos tanques de la policía se encontraban estacionados afuera haciendo guardia en el

consulado americano, que se encontraba en el edificio de junto. El teléfono sonaba para informarnos de nuevos arrestos y desapariciones. El consulado mexicano estaba trabajando para lograr mi salvoconducto de Chile. En mi propia embajada me habían dicho que no podían hacer nada por mí. “No hemos recibido ninguna otra orden que no sea la de tener cuidado con los simpatizantes de la izquierda que se resistan a la nueva autoridad”.

Pronto llegó la llamada de los mexicanos. Debía presentarme a la mañana siguiente, 19 de septiembre —ocho días después del Golpe—, en el Hotel Sheraton a las 7:30, de donde sería puesto a bordo de un vuelo protegido de las Naciones Unidas rumbo a Buenos Aires. Mi última cena en Chile, en la casa del diplomático, fue de lo más solemne. Tuve que sufrir la incomodidad del derrotado. Frente a mí estaba sentado otro invitado —Mario— un estudiante de 25 años que había sido ganador de una de las becas americanas que nuestro anfitrión otorgaba. Mario estaba feliz y radiante, mientras que el resto de nosotros comía con pesadumbre. Siendo asistente del senador derechista, Juan Bulnes, Mario saboreaba la victoria. Pero, al pasar de las horas, él también se puso, sombrío. Me miró intensamente, como tratando de acortar la brecha que nos separaba. “Saben, hay muchísimos festejos esta semana en el Barrio Alto. Mis vecinos piensan que en dos o tres meses se pedirá a los socialdemócratas que tomen el poder”, comentó. “Pero están equivocados. Al igual que Salvador Allende se equivocó al creer que podía existir tal cosa como un socialismo a la chilena, mis vecinos se equivocan al creer que existe tal cosa como un golpe a la chilena. Los golpes de Estado son golpes de Estado. Y éste no tendrá ninguna diferencia con cualquier otro.”

(Traducción de Rosario Fernández)

## Marc Cooper

Periodista norteamericano con eterna base en Los Ángeles, ha sido en estos últimos años el gran narrador de historias latinoamericanas y su conexión con los Estados Unidos. Reportó el golpe de Estado contra Allende, la Revolución Sandinista y la invasión de Panamá.

Son notables sus crónicas sobre los motines de Los Ángeles y la insurrección de Soweto en Sudáfrica y sus reportajes sobre los procesos presidenciales en Norteamérica en los últimos 30 años. Es autor del libro de crónicas *Roll over Che Guevara*.



## **Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:**

- 1. Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
- 2. El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 3. Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
- 4. Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
- 5. Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
- 6. San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 7. La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
- 8. Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
- 9. Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
- 10. La lucha contra los gringos:1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
- 11. Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
- 12. Testimonios del 68.** Antología literaria.
- 13. De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
- 14. Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
- 15. Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.

- 16. Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo**, de Fritz Glockner.
- 17. La oveja negra**, de Armando Bartra.
- 18. El principio**, de Francisco Pérez Arce.
- 19. Hijos del águila**, de Gerardo de la Torre.
- 20. Morelos. El machete de la Nación**, de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
- 21. No hay virtud en el servilismo**, de Juan Hernández Luna.
- 22. Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español**, de Paco Ignacio Taibo I.
- 23. Con el puño en alto**, de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
- 23. El viento me pertenece un poco (poemario)**, de Enrique González Rojo.
- 24. Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
- 25. Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 26. Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
- 27. Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
- 28. De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
- 29. El exilio rojo**. Antología literaria.

30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.

- 48. Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
- 49. México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
- 50. 68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
- 51. Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes.** Varios autores.
- 52. 1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.
- 53. 3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
- 54. El viejo y el horno**, de Eduardo Heras León.
- 55. El mundo en los ojos de un ciego**, de Paco Ignacio Taibo II.
- 56. Más libros, más libres**, de Huidobro (no descargable).
- 57. No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial)**, de Luis Hernández Navarro.
- 59. Sin novedad en el frente**, de Eric Maria Remarque.
- 60. Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 61. Los brazos de Morelos**, de Francisco González.
- 62. La revolución de los pintos**, de Jorge Belarmino Fernández.
- 63. Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas**, de Guillermo Cabrera Álvarez.
- 64. En recuerdo de Nezahualcóyotl**, de Marco Antonio Campos.
- 65. Piedras rodantes**, de Jorge F. Hernández.

- 66. Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX)**, de José C. Valadés.
- 67. El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano**, de Martí Batres.
- 68. Rebeliones**, de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
- 69. Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013.** Antología literaria.
- 70. Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
- 71. Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.

Descarga todas nuestras publicaciones en:  
[www.brigadaparaleerenlibertad.com](http://www.brigadaparaleerenlibertad.com)





Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de octubre del año 2013.

El tiraje fue de 3,000 ejemplares para su distribución gratuita y es cortesía de la Rosa Luxemburg Stiftung y Para Leer en Libertad AC.

Queda prohibida su venta.  
Todos los derechos reservados.